

## Un error lo comete cualquiera

Leonardo Carrión Eguiguren\*

Nunca antes había estado tan nervioso. Llegaba de visita a Lima el Cardenal Primado y Arzobispo de Quito, y dada su alta investidura, tenía que ofrecer una cena en su honor con todos los rigores que el protocolo exigía.

Esto no hubiera sido nada complicado sino fuera que estaba ocurriendo una situación realmente insólita. Por primera vez en el país, y posiblemente en el mundo, los meseros se habían declarado en huelga exigiendo de las empresas que los contrataban a destajo una mejor remuneración.

¿Cómo se podía ofrecer una cena de esa calidad sin meseros profesionales? Ese era el dilema que confrontaba. Mientras esto ocurría por la mente del Embajador y, sin duda, lo torturaba, asistió esa noche a una pequeña recepción que yo ofrecía en honor de un escritor amigo que nos visitaba y, para sor-

presa suya, yo sí tenía un mesero a cargo de la situación. La razón era que desde que llegué a Lima había trabajado para mí, y, a diferencia de sus patronos limeños, le pagaba bien.

El Embajador, tan pronto divisó al mesero, se lanzó cual águila hambrienta en su persecución y, utilizando sus más exquisitas artes, lo abordó y, poco después, con gran satisfacción, me contó que lo había comprometido para que cuatro días después atendiera la cena en honor del más alto prelado de la iglesia ecuatoriana. A fin de asegurarse que asistiría, le solicito su teléfono y el mozo, con la seguridad que hubiera sido envidia de un gerente de banco, metió la mano en el bolsillo derecho de su esmoquin y le entregó una tarjeta. El Embajador, agradecido, la miró y luego la metió meticulosamente en su billetera. En ese momento era su tesoro más valioso.

\* Embajador de Carrera del Servicio Exterior Ecuatoriano, Ex Subsecretario de Asuntos Migratorios, actualmente Embajador del Ecuador en Tokio.

El señor Embajador se preciaba de ser impecable socialmente, así como también en casi todas las otras cosas. Se vestía a la última moda, siempre juvenil, tirando a informal, lo que le daba un aire especial que él cuidaba esmeradamente. Luchaba infructuosamente contra una calvicie que avanzaba amenazadora. Fumaba pipa, y cuando alguien se lo permitía, le daba largas conferencias sobre el arte que existía tras de ese simple y ridículo adminículo que se usaba para fumar, y para adquirir esa pátina de intelectualidad que se le atribuye. Cualquier artilugio era indispensable en su dura competencia con el Embajador chileno para ser el centro de la atención de la alta sociedad limeña que, acostumbrada a estos combates, los disfrutaba batalla a batalla y, por supuesto, aprovechaba entusiastamente de sus invitaciones.

La llegada del Cardenal era un golpe maestro para alcanzar su éxito. Lima, ciudad virreyinal, disfrutaba asiduamente de las visitas de personalidades de alto rango, y la de un Cardenal era apreciada como ninguna, por su rareza – inclusive los Presidentes viajan más que los Cardenales. Corrió la voz de que en esta ocasión, a diferencia de ofrecer la consabida recepción, por ser en honor de un eclesiástico, se le ofrecería una cena formal para 36 personas. Inmediatamente comenzó la competencia para ser invitados a tan formidable ocasión. A una recepción o a

un cóctel va cualquiera, a una cena solo los elegidos, decían los petimetres que vivían de estos eventos.

Es por ello que la falta de menores profesionales era una tragedia. La Embajada tenía su propio personal, compuesto por un mayordomo y un paje, pero estos no eran suficientes, y se requería, adicionalmente, alguien que sea impecable en el servicio de la mesa, y el personal de la Embajada, a pesar del continuo entrenamiento al que el Embajador los sometía todos los días en sus almuerzos y cenas privadas, no respondían con la perfección necesaria. Era por ello la necesidad de un profesional. En la Embajada eran legendarios los almuerzos y cenas privadas del señor Embajador, el cual, con el pretexto de entrenar a su personal, se hacía servir su frugal alimento, ya que siempre estaba en dieta –su vanidad superaba su apetito-, por mayordomo y paje, vestidos de uniforme y guantes, con todo el ceremonial requerido.

Aliviado, se dedicó a preparar la cena con el más estricto detalle. La lista de invitados, desde los presidentes del Congreso y la Corte Suprema, el nuncio, la jerarquía de la Iglesia, el Canciller, varios Embajadores y uno que otro banquero. Generales no, eso es absolutamente de mal gusto. Aprovechó, por supuesto, para invitar a cierta dama de alta alcurnia que él trataba de conquistar. Sí, todo estaba perfecto. Luego el menú, tenía que ser extraordinario, lo su-

ficientemente sobrio para halagar al religioso pero igualmente sofisticado para deslumbrar a sus invitados. Los vinos, era más fácil, tenía una excelente bodega, y los licores no imponían problema alguno.

Se comenzaría con una ensalada de endibias con salsa de roquefort, luego un consomé al jerez para cambiar los sabores y, finalmente, una corvina al horno al pisco sour, en honor del Perú y aderezada con comino, cebolla y pimentones. Como postre un mousse de chirimoya, y para terminar una fuente de quesos ecuatorianos que eran la envidia la sociedad limeña. Los vinos, ya que la cena era en honor del Cardenal, un Chateau-neuf-du-pape, y Dom Perignon con el postre, oportunidad para hacer el brindis. No se podía escatimar gastos en esta ocasión.

Entre los licores, Cognac Napoleón, Brandy Cardenal Mendoza, (como nota de humor) Cointreau, Anís y Menta. Luego, café expreso y cigarros, que tenía una gran provisión de Coviras, en razón de su amistad con el Embajador cubano. Pues todo estaba perfecto.

Tenía una duda, la hacía de esmoquin o simplemente de traje oscuro. Pensó, esmoquin sería lo adecuado para una cena de tanta etiqueta, si esmoquin, definitivamente esmoquin, aunque últimamente no se estaba usando, para contentar al nuevo gobierno peruano que era de corte socialista. Sin embargo, en esta ocasión, primaba el Cardenal.

Sí, ahora él imponía la vestimenta. Sería esmoquin.

Todo continuaba a pedir de boca. El Embajador disfrutaba como nadie la competencia de los “socialites” limeños haciendo esfuerzos para ser invitados en las ocasiones especiales, y esta era una de esas pocas que se producían cada año. Cerraba los ojos en su oficina, que había decorado con colores pasteles para diferenciarse de los Embajadores anteriores que preferían simplemente el blanco tiza. El era joven y distinto, y disfrutaba de su diferencia.

Llegó la fecha esperada. El Cardenal había arribado varios días antes y había sido designado orador de orden en la ceremonia de clausura del concilio de Obispos americanos convocado con motivo de los 400 años del Concilio Límense. El Cardenal ecuatoriano había sacudido las raíces mismas de la tradicional y conservadora sociedad limeña al declarar que las conclusiones del Concilio convocado por Santo Toribio de Mogrovejo, Arzobispo-Virrey del Perú para analizar la relación entre el Gobierno -la Corona- y la Iglesia, seguían vigentes, y que ésta continuaba al servicio de los gobiernos de turno, habiéndose olvidado de las recomendaciones de este extraordinario sínodo, que exigía que la Iglesia ponga por delante los intereses de los fieles frente a los del poder.

El Presidente socialista, en primera fila aplaudió a rabiar mientras que su antecesor difícilmente podía

hacer leves movimientos para tratar de ocultar su profundo desagrado. La prensa le dio una gran cobertura, y el debate se prendió con una fuerza sorprendente. El padre Gutiérrez, pontífice de la Iglesia de la Liberación nunca pudo estar más satisfecho. Su posición, tan antigua y moderna a la vez, era respaldada nada menos que por el Cardenal ecuatoriano, pero no era únicamente por ser este el primado de la Iglesia del país del norte, sino que era único cardenal jesuita en ejercicio y amigo muy cercano del Papa, además de ser un intelectual de nota, pero que se había limitado a escribir sobre temas religiosos sin trasladarlos a la realidad actual. Esta vez, en forma magistral, lo había hecho.

Esto al Embajador lo satisfizo como a nadie. Ahora su cena sería el evento del año. Recibió una llamada del Palacio de Pizarro, para indicarle que el señor Presidente se sentiría “más que honrado” si fuera invitado a la cena en honor del Cardenal. Esto era ya lo indescriptible. Su triunfo era arrasador. Ese mismo instante pidió una cita para invitarlo personalmente, dando las excusas que no lo había hecho antes por razones protocolares, pero que él, su Embajada y su país (en ese orden) estarían sumamente honrados de que pueda compartir su mesa en esta oportunidad.

Todo ello lo había hecho olvidar el tema de los mozos. Me llamó aterrizado. No podía hablar.

La huelga continuaba y solo con el mesero contratado en mi casa no podría atender una cena de este calibre. Me pidió que hable con él y que le pida que por favor, por lo menos cuatro mozos más, que les pagaría lo que pidan, sin limite. Le ofrecí hacerlo y luego de pocos minutos volví a decirle que no había problema, que tendría ese día a 5 meseros de lo mejor de Lima. Eso hizo que le vuelva el alma al cuerpo, de tal manera que me invito a almorzar al Club Nacional, para lucirse, y para tener alguien que le escuche sobre sus éxitos. Su entusiasmo era tan grande que, por sobre su habitual avaricia, de entrada pidió un pisco sour para cada uno, y luego, durante el almuerzo una botella de Blanc de Blancs de Tacama, que él apreciaba como el único vino peruano decente. Al salir, sorprendiendo al Maitre, le dio una generosa propina.

La cena era a las 20:30 horas y los mozos debían llegar a la cinco de la tarde para arreglar y prepararse. Eran las 6 y no llegaban, y el pánico lo sobrecogió. ¿Que pasa si no vienen? Su mente entró en una dinámica febril y enloquecedora. Buscó desesperadamente la billetera y encontró la tarjeta que simplemente decía:

*Manuel Huamán,  
Telef. 221542  
Lince*

Temblando, marco el número anotado en la tarjeta y preguntó por el Señor Manuel Huamán, a lo que le dijeron que espere un momento, que se acercaba enseguida. –Se acerca enseguida, eso quiere decir que no ha salido aún, posiblemente no vendrá, pensó. Una voz seca dijo: “Bueno”, el Embajador atragantándose lo increpó por qué no ha venido aún y le ordenó que venga inmediatamente. Al otro lado de la línea una voz incrédula le dijo: “Disculpe, pero creo que habla con la persona equivocada”. Equivocada, grito el Embajador, es usted Manuel Huamán, no es cierto, “pues sí”, contesto esa voz, “es cierto”; “Yo soy Manuel Huamán”, ante lo cual el Embajador lo increpó nuevamente, identificándose como el Embajador del Ecuador y diciéndole “si usted es Manuel Huamán, entonces por que no viene, lo estamos esperando, tiene una cena que servir”. Molesta, la voz respondió: “Le estoy explicando que soy Manuel Huamán, el General Manuel Huamán, Comandante de la Brigada de Selva Número Uno del Ejército Peruano, y yo no tengo que ir a ningún lado menos aún a servir donde el Embajador ecuatoriano” y le tiró el teléfono.

El Embajador cayó desmayado en un sillón, su mundo se acababa a la misma velocidad que había alcanzado el éxito. Ahora ¿qué haría? No solo que no tendría servicio, sino que había creado un incidente con uno de los más importantes Gene-

rales del Ejército, muy cercano al Presidente, lo que le costaría serias dificultades, si es que tiene suerte. ¿Cómo pudo ocurrir? Esa tarjeta era la del mozo, estaba seguro, ya que él aun no había tenido la oportunidad de conocer personalmente al General, lo que hacia imposible que tenga una tarjeta suya. Mientras su mente entraba en la más total desesperación, oyó tocar el timbre, y se lanzó como una bala hacia la puerta, pasando por sobre el mayordomo que se dirigía a abrirla. El Embajador le arranchó la manilla, abrió la puerta y frente a él, sonriendo, encontró al mozo con 4 individuos que saludaron casi al unísono. El mozo pidió disculpas por la demora, pero que como vivían lejos y les había tomado más tiempo del necesario para llegar.

El Embajador no musitó palabra, simplemente se hizo a un lado y los dejó pasar. Como un zombi retornó a su escritorio y cayó suspirando. Algo raro había ocurrido, pero las cosas estaban funcionando. Se calmó, tocó el timbre para llamar al mayordomo y le pidió un whisky con soda, del whisky que tomaba él en ocasiones especiales y no del que comúnmente ofrece a sus invitados. Una vez saboreado su primer trago, el incidente paso a segundo plano, y si hay problemas mañana, lo arreglo, y en el peor de los casos tendré que invitar al cholo al Club Nacional, se dijo. No hay problema. Todo volvió a la calma y el olor a éxito comenzó a cubrir su alrededor. Ter-

minado el whisky, subió a su alcoba a vestirse con su esmoquin inglés, su camisa de lino filipina, sus botones de nácar y las mancuernas de oro. Zapatos de charol y el corbatín moderno con nudo hecho por él y no esos que vienen listos. Se miró en el espejo, y quedó más que satisfecho con su presencia. El éxito era suyo, ya nadie lo podrá superar. Lima se rendiría a sus pies.

Y así fue. La cena un éxito como él esperaba. La prensa no se cansó de tomar fotos hasta que fueron invitados a retirarse. La comida impecable, el servicio igual. La conversación la monopolizaron el Cardenal y el Presidente, con pequeñas interrupciones por parte del Embajador que se veía en la necesidad de tratar de musitar por lo menos algunas palabras. El brindis, con cada palabra pensada cuidadosamente, tuvo el impacto que pretendía. Al final, los invitados encomiaron el menú, especialmente la corvina, un invento de su cocinera, que trajo felicitaciones entusiastas por su originalidad. Y como siempre, los quesos fueron los reyes de la velada.

La cena se prolongó más de lo corriente, casi hasta las 2 de la mañana, y cuando el señor Presidente se despidió, los demás invitados pudieron hacerlo. El Cardenal tuvo palabras de elogio y agradecimiento, y se comprometió que tan pronto retorne a Quito visitaría al Presidente para darle un reporte detallado de la extraordinaria invitación que había

ofrecido en su honor. Solo cuando se acercó a los mozos para pagarles y agradecerles por su impecable desempeño, le preguntó sobre la tarjeta, y él, con cara de susto dijo, cuadrándose con saludo militar: “Uyyy, perdón, le he dado la tarjeta de mi General, yo me llamo Pedro Ugarteche”. Para el Embajador ahí terminó el incidente, no iba a permitir que la menor preocupación turbe un momento tan especial.

Esa noche, solo, en su cama, saboreaba el éxito. Mañana los diarios competirían en cual se publicaba más fotografías de la cena, los reporteros harían reportajes sobre quien estuvo invitado. Los invitados se pavonearían ante los que no lo habían sido. El, el Embajador del Ecuador, era sin lugar a duda el rey de la sociedad limeña. Pero eso era solo el principio. Habiéndose hecho invitar el Presidente, su entrada al Palacio de Pizarro era una realidad y los Ministros, desde mañana, le tendrán especial deferencia. Eso en el Perú, pero él estaba seguro que los diarios ecuatorianos también publicarían el reportaje sobre la presencia del Presidente en la cena en honor del Cardenal (de eso se encargaría él personalmente al día siguiente), y eso llamaría, obviamente, la atención del Presidente ecuatoriano que, desde ahora en adelante lo tendrá presente para reemplazar al Secretario General, y por que no, al propio Canciller. Esto le gustó mucho, se vio sentado en el despacho del quinto piso, con tres

secretarias, un jefe de despacho y ese poder que tanto le gustaba y que aun no había podido probar. Anita, esa secretaria que tanto le gustaba y que nunca le había hecho caso por que no tenía el poder que ella requería, seguro que ahora sería suya, y así, el sueño le fue alcanzando y poco a poco quedó dormido.

La mañana siguiente fue simplemente continuar su sueño. Le tenían preparados todos los diarios, cuyas páginas sociales estaban monopolizadas por la cena de anoche. Los comentarios eran simplemente superlativos. Mientras disfrutaba su frugal desayuno, recibió la llamada personal del Canciller para agradecerle y felicitarle. Qué más podía pedir. Se levantó dándose todo el tiempo necesario, y arribó a la Oficina a eso de las 10 de la mañana para permitir que todo el personal haya agotado los comentarios sobre la cena, y recibir la felicitación que, seguramente, pues casi todos eran unos cepillos, le prodigarían.

Arribó a su despacho y me llamó. Yo estaba temiendo eso. Había ocurrido algo inesperado, y yo debía ser el mensajero, por ser quien manejaba la máquina criptográfica. A primera hora de la mañana, llegó el siguiente mensaje:

“PARA CONOCIMIENTO EXCLUSIVO DEL EMBAJADOR.- SANTIAGO, TE ESCRIBO URGENTE FIN INFORMARTE MINISTRO DEFENSA LLAMO

PRIMERA HORA CANCELLER PARA EXPRESARLE HABIA RECIBIDO ESA MAÑANA LLAMADA TELEFONICA COLEGA PERUANO PARA MANIFESTARLE SORPRESA E INDIGNACION POR TRATAMIENTO TU HABRIAS DADO GENERAL HUAMAN. DADO CANCELLER CONOCE NUESTRA AMISTAD ME PIDIO DE MANERA URGENTE ME PONGA CONTACTO CONTIGO PARA QUE INFORMES MANERA INFORMAL PRIMERO ASUNTO FIN ACLARARLO DEBIDAMENTE. SUPONEMOS TRATASE DE UN ERROR.- ESPERO URGENTE TU RESPUESTA POR ESTA MISMA VIA. ABRAZOS. LUIS”

Luis Contreras, era el Jefe de Gabinete del Ministro y, conocido por todos, amigo íntimo del Embajador.

El Embajador, aun soñando el triunfo de la noche anterior esperaba de mi parte la felicitación correspondiente y, que me siente ante él para recibir el relato minucioso de lo extraordinario que había sido todo y, por supuesto, que él era su artífice.

Una vez que ocupó su sillón y se reclinó para iniciar el rito ya conocido por todos, y que todos temíamos como la peste, con cara de entierro tímidamente le entregó el mensaje. Lo leyó con una expresión de incredulidad que iba creciendo mientras avanzaba en la lectura. Lo dejó consternado en el escritorio, lo miró, y lo

tomó nuevamente, e inició su lectura una vez más, como si lo que había leído se borraría con una segunda lectura. Pero, desgraciadamente, no fue así. El texto permaneció inmutable. Me miró, y yo continuaba con una expresión entre entierro y desconcerto. Me preguntaba qué había pasado y cuándo. ¿Cómo era posible que el Embajador, que era más delicado que una dama y temeroso que un ratón, haya maltratado a un general de la república? Cuando me miró y me encontró con esa expresión, me increpó violentamente,

- Usted tiene la culpa. Solo usted. Ese mangajo de paje que me envió fue el responsable, y ahora yo debo arreglar las cosas en que usted me mete.-

Pues esto fue para mí aun más extraño, que ¿la culpa la tengo yo?, ¿qué el mozo que yo le conseguí fue el responsable? Pero, ¿de qué?

No me dio tiempo para responder, y como una ametralladora me relató la confusión de la tarjeta. Incidente pequeño que no correspondía a una reacción de ese tamaño, gritaba. Una vez sosegado un poco, me prohibió de la manera más tajante que cuente este incidente a los demás miembros de la Embajada y que únicamente por ser yo el encargado de la criptografía tenía que seguir involucrado. Que si alguien sabía de esto me costaba inmediatamente no solo el cargo sino mi carrera, subrayó. Me hizo prometer solemnemente que yo no contaría esto a nadie, nun-

ca. Yo lo hice en la conciencia de que inmediatamente que salía les contaba todo a todos. Una historia como esta era imposible no disfrutarla en su extensión, especialmente, a quien le había ocurrido, lo que daba un tinte de ridiculez extraordinario, y por supuesto, delicioso.

Luego de prometer, tímidamente le sugerí que llame al General Huamán y le explique ante la seguridad que él no solo aceptaría la explicación sino que le haría mucha gracia, como, no lo dije, me hacía a mí. Estuvo de acuerdo y me dijo que él ya lo había pensado. Pidió a la secretaria que llame a este General, y para su mala suerte, la respuesta fue que había salido de la ciudad a una inspección en la selva y que retornaría en 8 días. Caramba, este si era un grave contratiempo. Le sugerí que llame al Ministro del Defensa, a quien el Embajador conocía, pero que no había invitado a la cena cardenalicia. Dudó, dudó y dudó más. Al fin decidió hacerlo y pidió la llamada. La respuesta fue casi igual, solo que en esta ocasión no estaba en la selva sino en el extranjero. Esto continuaba agravando la situación. Le sugerí que talvez sería conveniente que conteste el mensaje a su amigo diciéndole que él estaba haciendo todo lo posible para superar el incidente, que por otro lado, era insignificante. Me contestó, nuevamente, que él ya lo había pensado y que así procedería. El siempre piensa antes que uno las

cosas que no piensa, me dije, por eso es Embajador y yo no.

Entonces comenzó el proceso de redacción que se parecía más a un parto con fórceps que un ejercicio de escritura. Él, que en el fondo era un pusilánime, que había aprendido a llegar donde llegó sin comprometerse nunca a nada, y que cuando daba una opinión siempre la daba ambigua y tratando de cuidarse las espaldas, ahora tenía que explicar una situación tan ridícula que había producido una reacción claramente inexplicable. Hizo un borrador, lo corrigió, cambió palabras, volvió a escribir. Un pequeño sudor perlaba su frente, que era limpiado frecuentemente con su pañuelo de seda. Al fin salió esto:

“QUERIDO LUCHO: MIL GRACIAS TU MENSAJE, DEMUESTRA UNA VEZ MAS TU EXTRAORDINARIA AMISTAD. INCIDENTE MENOR OCURRIDO CONFUSION TARJETA MOZO ATENDIO CENA HONOR CARDENAL CON ASISTENCIA PREREPUBLICA. TARJETA PERSONAL ESA PERSONA QUE VINO A SER DESPUES DE UN GENERAL. MOZO ME ENTREGO COMO SUYA ESA TARJETA. YO LLAMELO PARA ASEGURARME VENGA A ATENDER CENA. NUNCA OCURRIO INCIDENTE SINO CONFUSION PERSONAS. NO ENTIENDO SUSCEPTIBILIDAD TAMAÑA. LLAMELO ESTA

MAÑANA FIN EXPRESARLE MIS EXCUSAS Y EXPLICARLE CONFUSION PERO ENCUENTRASE TODA SEMANA FUERA CIUDAD. HICE LO PROPIO MINISTRO DEFENSA PERO ESTE ENCUENTRANSE FUERA PAIS. DIA HOY ENVIARE NOTA MIDEFENSA Y GENERAL HUAMAN EXPLICANDO INCIDENTE Y PIDIENDO EXCUSAS. TE RUEGO INFORMARLE ESTO MINISTRO Y AGRADECERLE ESPECIAL DEFERENCIA HACIA MI. ESTRECHO ABRAZO, SANTIAGO”.

Lo leyó varias veces, cambió una que otra palabra, lo volvió a leer y, al final, con el difícil trance de tomar decisiones, me ordenó que lo cifre y lo envíe inmediatamente. Me recordó que nadie debe saber de esta situación. Procedí conforme aunque me corroía por salir corriendo y contar a todo el mundo este fabuloso incidente.

Tan pronto remití el mensaje, como arte de magia, habiendo pasado muy pocos segundos, pero de ninguna manera un minuto, la maquina se encendió y llegó otro mensaje cifrado, dirigido para exclusivo conocimiento del Embajador. Lo descifré, imprimí el mensaje, y llevando conmigo la cinta perforada y la cinta impresa le entregue el nuevo documento. El haberme llevado las dos cintas que produce la maquina fue un detalle sobre mi discreción, que el Embajador inmediatamente

apreció. El nuevo mensaje decía lo siguiente:

“URGENTE, SECRETO, SOLO PARA CONOCIMIENTO DEL EMBAJADOR.- SANTIAGUITO: LAS COSAS COMPLICADOSE MUCHO MAS DE LO ESPERADO. ENTREGUE MINISTRO TU MENSAJE Y COMPRENDE SITUACION PERO COMGRAL EJERCITO LLAMADOLE FIN EXPRESARLE SU MAS AIRADA PROTESTA POR TU ACTITUD OFENDE ALTO OFICIAL PERUANO. PARECE COMGRAL PERU LLAMOLO PARA PROTESTAR. EXPRESADOLE TU ACTITUD FUE PREMEDITADA FIN OFENDER GENERAL DESTACOSE CONFLICTO CON ECUADOR Y ES HONRADO COMO HEROE DE LA PATRIA. CANCELLER LEIDOLE TU MENSAJE PERO NO HA SIDO SUFICIENTE. CANCELLER LOGRADO CALMARLO FIN NO SOLICITE AUDIENCIA PREREPUBLICA. DEBES HACER ALGO INMEDIATO LIMA DETENER SENTIMIENTO OFENSA FF.AA. ANTES PRESIDENTE CONOZCA ASUNTO Y, EN HARAS MANTENER RELACION, HAGA ALGO NO DESEADO. PARECE QUE SOLIDARIDAD CASTRENSE ES MUY GRANDE ENTRE AMBAS FF.AA. ESPERO URGENTE TU RESPUESTA. CANCELLER HALLASE PREPARANDO MENSAJE OFICIAL AL RESPECTO.

POR SI ACASO LO PENSASTE NO CONVIENE ESTE MOMENTO LLAMARLO POR TELEFONO. MIENTRAS TU PARAS EL TEMA ALLA YO PERMANEZCO ALERTA. CONFIO SITUACION ARREGLESE ANTES MEDIO DIA PUES SINO CREO SE SALDRA DE CONTROL CON RESULTADOS FUNESTOS. ABRAZOS, LUIS. P.D. ANIMO.”

Esto era algo inusitado. No podía ser posible que algo tan nimio produzca una reacción semejante. La explicación que Huamán era un héroe del conflicto fronterizo no justificaba que se lo hayan tomado tan en serio. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? repetía sin cesar, tomándose la cabeza entre sus manos, o paseándose como león enjaulado por la oficina. Mientras esto ocurría, yo más sorprendido que antes, permanecía perplejo. Tímidamente musité: ¿Y sí, sí lo llama al Canciller peruano? Estoy seguro él entenderá sin problemas el asunto, y tomará las medidas del caso para desactivarlo. El Embajador, respondió como siempre. Ya lo pensé pero quiero guardarlo como último recurso. Tiene que haber algo que hacer sin que deba pasar por la humillación de buscar soluciones a tan alto nivel. Debe haber un General amigo que se pueda localizar. Un militar amigo, eso era más difícil que lo que parecía. El Embajador nunca tuvo una buena relación con los militares y trataba de mantener-

los lo mas alejados posible. Tenia problemas con el personal militar de la Embajada por impedirles poner “tienda” de licores, cigarrillos, electrodomésticos y vehiculos, que era su principal ocupación en la Embajada.

No, por ahí no podía ser. Tendría que llamar al Agregado Militar, contarle la historia si es que ya no lo sabía. Y si ya lo sabían por que no habían subido a hablar con él, a pedir explicaciones para transmitir las a sus superiores y a ayudarlo a buscar una solución. Claro, dijo, lo saben y quieren que me joda, claro, que me joda, Mierda, tendré que llamar al Canciller, sí, creo que tendré que hacerlo. Seguía paseándose, cuando la secretaria vino a decir que había llegado un nuevo mensaje en clave. El Embajador me ordenó que corra a ver que era. Pocos minutos después, con papel y cintas volví y se lo entregue. El mensaje decía:

“SECRETO – URGENTE-  
PARA CONOCIMIENTO EX-  
CLUSIVO DEL EMBAJADOR.-  
SANTIAGUITO, CREO QUE LAS  
COSAS PUEDEN MEJORAR, NO  
HAGAS NADA ALLA. TE AVI-  
SARE AL FINAL DE LA TARDE  
CUANDO EL CANCELLER RE-  
TORNE DEL PALACIO. EL ES TU  
AMIGO Y TE VA A AYUDAR. TE  
RECUERDO QUE EN CANCELLER-  
RIA ESTO SOLO LO SABEMOS  
EL Y YO. CUIDATE DEL SECRE-  
TARIO GENERAL QUE ANDA

BUSCANDO COMO PONERTE  
EL PIE. TE AVISO MAS TARDE.  
ABRAZOS, LUIS”.

Esto al principio fue de un gran alivio. No tenía que llamar al Canciller. Pero, luego de cavilar un largo rato, durante el cual yo permanecía absolutamente inmóvil sentado frente a su escritorio, jugando cuidadosamente con las cintas del telex y de la maquina criptográfica, empecé a hacer algunas reflexiones. Si sale mal, tendré tiempo mañana para corregir el entuerto. Es una gran cosa este diferimiento. Calma, musitaba, calma, todo va a salir bien. De golpe se paró y me dijo, “me voy a casa, debo pensar y con su absurda presencia no puedo, usted me molesta, si, me molesta, por que usted es el culpable de todo, me entiende, de todo y cuando termine veremos, ya veremos cómo arreglamos cuentas”. Salió cual bala y con la misma velocidad retornó, y desde la puerta antes que haya alcanzado a salir de su oficina, me grito, “Cuidado diga nada del tema a nadie, me entendió, a nadie”. Y volvió a salir a la misma velocidad. Freno nuevamente y retorno, y con la misma intensidad me instruyo, “si llega otro mensaje me avisa enseguida, me entiende, enseguida”. Y volvió a salir, esta vez, definitivamente.

Salí lentamente de la oficina, y el resto del personal estaba pendiente de mis pasos. Todos me inquirieron ¿qué pasó? ¿Qué ocurrió?, ¿a que se

debe tanto ajeteo, tanto secreto, y esos gritos? ¿Qué hiciste? Yo trate de salir con cualquier explicación, y al fin les ofrecí contar todo cuando termine el drama. No quedaron muy satisfechos pero yo me negué a decir más y no les quedó otra cosa que esperar. A ellos les carcomía la curiosidad y a mí las ganas de contarles, pero todo debía esperar. Aún faltaba el desenlace.

Para evitar caer en la tentación de contar lo que ocurría y para analizar mi situación, decidí irme caminando hacia Camino Real. Luego, sin pensar me dirigí a “La Caleta”, un restaurante de mariscos que quedaba cerca, y decidí que ante la adversidad lo mejor era tratarse bien. Un pisco sour, cebiche de corvina, y luego unos calamares rellenos de mariscos, todo regado con cerveza Cuzqueña, y finalmente, un café expreso, le devuelve el alma al más desconcertado, como era mi situación. Y para sorpresa mía, en vez de dedicarme a analizar mi grave situación, me dediqué por entero a saborear la comida y eso quizás fue lo mejor. Con la mente clara y sin temor alguno, quien puede tener temor de la vida después de un almuerzo así, regresé a la Embajada.

En la tarde no ocurrió nada y el Embajador regresó a eso de la 5 de la tarde, hora que todo el personal salía, excepto yo, por supuesto, que debía esperarlo. Lo primero que hizo fue llamarme para inquirir si le había llegado algo. Mi respuesta

fue descorazonadora. “Nada, señor Embajador”. Me ordenó que me sienta frente al telex a esperar “por que debe llegar algo, me entiende, debe llegar, y usted espera”, se fue gritando.

Yo obedientemente así lo hice, y con una revista que encontré en el camino me preparé para esperar. Pero poco tiempo tuve que hacerlo hasta que llegó el esperado mensaje. Al oír el tecleo de la máquina de telex, salió corriendo y se paró frente a ella. Al terminar la transmisión, que comenzó como siempre:

URGENTE – SECRETO –  
PARA CONOCIMIENTO EXCLUSIVO DEL SEÑOR EMBAJADOR.

Procedí a instalar la cinta perforada en la cifradora, la cual, por su parte superior, comenzó a “vomitar” –ese era el término para ese momento- la conocida cinta blanca donde estaba escrito el texto. El Embajador comenzó a leerla pegado, como joyero a la lupa. Yo, de reojo, ya que no me atrevía a verlo de frente, lo miraba y él cada momento que pasaba le temblaba más la mano y su cara se iba poniendo crecientemente roja de furia. Cuando terminé de descifrar, el Embajador la arrancó y salió disparado para la oficina. Yo, por mi parte, quedé estupefacto y con una curiosidad que me mataba.

Tan pronto desapareció el Embajador, despacito para que no oiga, conecte nuevamente la cinta perfo-

rada que también producía la cifradora, e imprimí en el telex el texto. Este decía:

“SANTIAGUITO, ERES MAS INGENUO DE LO QUE CREIA. COMO SE TE PUEDE IMAGINAR QUE EL CANCELLER HAYA CONOCIDO TU RIDICULA HISTORIA SI AYER VIAJO A CARTAGENA DONDE SE ENCONTRARA CON EL PERUANO EN LA REUNION DE LA JUNAC. TE GANE Y ME COBRE LA ULTIMA QUE MEHICISTE, ESTAMOS A MANO. DUERME TRANQUILO. ABRAZOS, LUIS....JA,JA,JA,JA,..... HUAMAN MESERO.....RESULTO BUENA...

Destruí inmediatamente la prueba de mi curiosidad y me retire tranquilamente a mi oficina a esperar los acontecimientos. Pasaron por lo menos unos 30 o 40 minutos hasta que el teléfono sonó y el Embajador que me llamó. Entré a su oficina con cara de bobo y me increpó: “Me imagino que leyó el mensaje”. Yo, que soy muy malo para mentir, puse una cara más de bobo aun, pero al fin dije, “sí, lo leí”. El se soltó una carcajada y comenzó a explicarme la trama.

“Lucho es mi amigo intimo y jugamos al juego de hacernos bromas, y yo le había hecho un par que otro día le cuento, pero que me la había jurado que se la cobraba, y, se la cobró. Ayúdeme a pensar cómo

diablos se enteró del asunto de Huamán. Es imposible, si eso ocurrió ayer de noche, como lo supo hoy”. Tímidamente le pedí la lista de invitados, y me lance una carcajada, “Pues claro, eso es sumamente fácil”, le respondí con sorprendente seguridad. ¿Cómo?, grito, ¿cómo?

Pues, cual Hércules Poirot dando conclusión al caso más difícil le pregunté: “Jorge Cordero, que estuvo invitado es muy amigo suyo, ¿no es cierto?”, “Pues sí”, respondió, “Entonces usted debió contarle en algún momento el incidente con el mozo”. En ese momento el Embajador comenzó a entender, y me dijo: “pues sí, sí, pues sí, en un espacio, mientras el Presidente acaparaba la conversación al final de cena, en el momento de los licores, en el grupo que yo me encontraba, como una anécdota graciosa, conté la historia. Pero, me pregunto, ¿cómo pudo contársela a Luis? No creo que lo haya llamado por teléfono, no, no es esa clase de tipos”. Yo, cada vez más seguro, le expliqué. “El viajó esta mañana a Quito, y seguramente se encontró con Luis en el Aeropuerto cuando despedía al Canciller. Seguro que le contó la anécdota y Luis, entonces, fraguó todo el entuerto”.

El Embajador, muy serio dijo: “Sí, sí, eso ya lo había pensado, Sí, eso es. Ahora, usted a olvidarse del tema, y yo, y yo..., a preparar mi venganza, si la venganza es muy dulce. Sí, muy dulce, y esta vez verá, no se saldrá muy fácilmente, si, la ven-

---

ganza....”, y salió musitando otras palabras ininteligibles. Por mi parte, yo también salí, pero disfrutando de la idea de que al día siguiente les contaría todo a todo el mundo, y para hacerlo, me haré invitar a almorzar al Costa Verde....